

# LA TORRE ENCANTADA

L. Sprague de Camp



El rey Jorian no deseaba perder la cabeza, ¡y mucho menos bajo el hacha del verdugo! Por eso, le pareció que su promesa de robar el Kist de Avlen, un tesoro formado por antiguos manuscritos sobre magia, era un precio bastante pequeño a cambio de la oportunidad de librarse de la decapitación.

Pero, cuando la búsqueda le hizo enfrentarse a un peligro tras otro —un mago asesino y su ardilla gigante, un castillo lleno de verdugos, una tropa indeseable de hombres-mono, y una voluptuosa princesa de 500 años de edad que era también una serpiente—, Jorian se preguntó si habría hecho una buena elección.

## 1

## UN TROZO DE CUERDA

—Curiosa costumbre —dijo el bárbaro—, la de cortar la cabeza de vuestro rey cada cinco años. Me asombra que haya candidatos al trono.

En el patíbulo, el verdugo pasó frotando una piedra de afilar a lo largo del reluciente filo de su hacha, dejó caer la piedra en el interior de su zurrón, miró la hoja de arriba a abajo, y la tocó aquí y allá con el dedo pulgar. Quienes se encontraban abajo entre la multitud no pudieron ver su sonrisa de satisfacción debido a la negra capucha que, a excepción de los agujeros para los ojos, cubría su cabeza. El hacha no era ni una herramienta de leñador ni el arma de un guerrero. Mientras que el mango, hecho de buena madera de roble, era el de un hacha normal, su cabeza de acero azul era insólitamente extensa, como una cuchilla de carnicero.

El patíbulo se elevaba en pleno campo de entrenamiento fuera de las murallas de la ciudad de Xylar y cerca de la Puerta Sur. Aquí se había reunido casi toda la población de la ciudad, además de cientos de personas procedentes de ciudades y pueblos remotos. Alrededor de la base del patíbulo, un batallón de piqueros con cotas de malla negra sobre casacas de color escarlata se alineaba de cuatro en fondo, a fin de asegurarse de que ninguna persona no autorizada se acercase hasta el patíbulo durante la ceremonia, y al mismo tiempo de que la víctima no escapase. Las dos fi-

las de fuera miraban hacia el exterior, y las dos de dentro, hacia el interior.

Alrededor de los tres lados del patíbulo estaban sentados en bancos los nobles de Xylar, vestidos de color carmesí, esmeralda, oro y blanco. Otra fila de soldados separaba la clase selecta del populacho. Este último, vestido de color marrón, pardo y negro, se agrupaba de pie formando una masa amorfa y expectante, que ocupaba la mayor parte del campo.

Al lado oeste del cadalso, esta multitud se apiñaba contra las filas internas de la tropa. Aquí el gentío estaba formado principalmente de hombres jóvenes. Además de los cientos de artesanos de la ciudad y de los campesinos de las granjas, incluía algo de la joven aristocracia. Los buhoneros se abrían paso entre este gentío, vendiendo pasteles, embutidos, frutas, sardinas, vino, cerveza, sidra, parasoles y amuletos de la buena suerte. Apartados de la multitud de espectadores, jinetes con armadura, con el reloj de arena escarlata de Xylar en el sobreveste blanco, vigilaban el extremo del campo.

Arriba, un sol blanco resplandecía en el cielo sin nubes. Un ligero viento agitaba con sus soplidos las hojas de los robles, álamos y gomeros que cercaban el campo. Sacudía las banderolas rojas y blancas que ondeaban en lo alto de las astas situadas en las esquinas del patíbulo. Unas cuantas hojas de los gomeros habían pasado ya de verde a escarlata.

Sentado entre los nobles, el canciller Turonus respondió a la pregunta del bárbaro:

—Nunca hemos tenido problemas para encontrar candidatos, príncipe Vilimir. ¡Mirad cómo se amontona la gente por el lado oeste del patíbulo!

—¿Se arrojará la cabeza a lo lejos? —preguntó el príncipe Vilimir con el dedo índice en la boca, con el cual estaba tratando de quitarse un trozo de asado que tenía entre los dientes. Aunque iba bien afeitado, el largo pelo rubio con

mechas grises de Vilimir, su capa y su chaqueta de piel y las botas de cuero de caballo cubiertas de pelo le conferían un aspecto velludo. Sus numerosos y enormes adornos de oro y plata tintineaban cuando se movía. Había capitaneado el bando perdedor en una disputa intertribal sobre quién debía ser el próximo kan de los gendings, y por tanto estaba en el exilio. Su rival, que al mismo tiempo era su tío, gobernaba ahora aquella fiera horda nómada.

Turonus asintió.

—Sí, y el que la coja será nuestro nuevo rey.

Era corpulento y de mediana edad, envuelto en una gruesa capa azul que le protegía contra el frío del primer día fresco de otoño.

—El Gran Juez la arrojará a lo lejos. Hay una ley que obliga al rey a dejarse crecer el pelo, para que el juez tenga por dónde agarrar. En cierta ocasión un rey se hizo afeitar la cabeza por completo la noche anterior a la ceremonia, y el verdugo tuvo que traspasar las orejas con un cordel. Fue muy embarazoso.

—¡Por las barbas de Greipnek! ¡Qué desagradecido! —dijo Vilimir, mientras una sonrisa feroz atravesaba su enjuto rostro marcado con cicatrices—. Como si un lustro de lujo real no fuese suficiente... ¿No es ése el rey Jorian? —El príncipe de Shven hablaba novario con bastante fluidez, pero con cierto acento norteño que convertía «Jorian» en «Zhorian»

—Sí —respondió el canciller, mientras una pequeña comitiva avanzaba lentamente por el camino que los soldados mantenían despejado entre la Puerta Sur y el patíbulo.

—Fui a cazar con él el mes pasado —dijo Vilimir—. Me pareció un hombre de carácter, para ser un sessor, quiero decir. —Utilizó una palabra característica de los nómadas de Shven, que significa un «no nómada» o persona sedentaria. Entre los nómadas, esta palabra era una expresión de desprecio, pero el canciller juzgó conveniente ignorar esto. El exiliado continuó—: También me pareció muy hablador,

más de lo que le conviene, creo yo, pero es divertido escucharle.

El canciller asintió distraídamente, pues la comitiva se había acercado ahora lo suficiente como para reconocer las caras. Primero llegó la banda real, tocando una marcha fúnebre. A continuación se acercó el Gran Juez de Xylar con su barba blanca, ataviado con un largo manto negro y una cadena dorada alrededor del cuello. Le seguían cuatro alabarderos en el centro de los cuales se alzaba el rey. Todos los que se encontraban cerca del camino por el que avanzaba el grupo, así como muchos otros en distintas partes del campo, se hincaban una rodilla en el suelo cuando pasaba el rey.

El rey Jorian era un joven alto y fuerte, de piel rubicunda, ojos negros y profundos, y pelo negro y fuerte que le llegaba hasta los hombros. Su cara, por lo demás afeitada, mostraba un fiero bigote que sobresalía como los cuernos de un búfalo. Una prominente cicatriz le atravesaba la nariz —que tenía una pequeña arruga— y continuaba bajando diagonalmente por su mejilla izquierda. No llevaba más ropa que sus babuchas y un par de calzones de seda, y tenía las manos atadas a la espalda. Una corona —formada por una delgada banda de oro con una docena de picos cortos, despuntados y erectos— iba asegurada a la cabeza con una correa en la barbilla.

El príncipe Vilimir murmuró:

—Nunca había visto una corona con... ¿cómo dicen ustedes?... una correa en la barbilla.

—Es necesario para mantener unidas la cabeza y la corona durante el lanzamiento del Lote de Imbal, —explicó Turonus—. Una vez, hace años, la corona se cayó al ser arrojada la cabeza. Un hombre cogió la corona, otro la cabeza, y ambos reclamaban el trono. El resultado fue una sangrienta guerra civil.

Detrás de los soldados venía un hombrecillo delgado y de piel oscura con una tosca túnica marrón, y con un abul-

tado turbante blanco en la cabeza. Tanto su barba como su largo y sedoso pelo blanco volaban al viento. Una cuerda le rodeaba la cintura, y colgado de los hombros con una correa llevaba una especie de morral.

—El consejero espiritual del rey —dijo el canciller Turonus—. No parece conveniente que un pagano de Mulvan despida al rey de Xylar, en lugar hacerlo uno de nuestros sacerdotes sagrados. Pero Jorian insistió, y se pensó que debía respetarse su última voluntad.

—¿Quién...? ¿Cómo conoció el rey a este tipo? —preguntó Vilimir.

Turonus se encogió de hombros.

—Durante el año pasado, ha recibido a todo tipo de personas extrañas en el palacio. Este charlatán, perdonad, el Santo Padre Karadur, vino a parar aquí, sin duda tras huir penosamente de su país por haber sido objeto de cierto malévolos hechizo nigromántico.

Entonces llegaron cuatro hermosas jóvenes, las esposas del rey. La quinta había dado a luz el día anterior y se consideró que no estaba lo suficientemente fuerte como para asistir a la ceremonia. Las cuatro presentes estaban espléndidas envueltas en sedas, joyas y oro. Detrás de las esposas venía, con la cabeza afeitada y un manto púrpura, el sumo sacerdote de Zevatas, gran dios del panteón novario; a continuación, un montón de oficiales del palacio, y las damas de honor. En último lugar llegó Kaeres el carpintero, el principal organizador de funerales de Xylar, y seis amigos del rey que llevaban a hombros uno de los nuevos ataúdes de Kaeres.

Cuando la comitiva llegó al pie del patíbulo, la banda guardó silencio. Tras una consulta en voz baja, el Gran Juez subió los peldaños del patíbulo, seguido por dos de los cuatro alabarderos.

El rey Jorian se despidió de sus cuatro esposas con un beso. Ellas se colgaban de su cuello, llorando y cubriendo de besos su ancho rostro de rasgos duros.

—No, no —dijo Jorian con voz ronca y cierto acento campesino de Kortolia—. No lloréis, queridas mías.

*Los dioses, de cuyas pueriles pipas salen volando  
un billón de pompas de jabón,  
nos han traído al mundo de un soplo. Flotamos,  
tambaleamos, nos irisamos y brillamos;  
luego estallamos. Pero de sus pipas, otro billón  
de pompas saldrá volando.*

—Dentro de un año, tendréis mejores maridos de lo que yo fui jamás para vosotras.

—¡No queremos otros maridos! ¡Sólo te amamos a ti! —se lamentaron.

—Pero los niños han de tener padrastros —les recordó—. Ahora volved a palacio para que no veáis fluir la sangre de vuestro señor. También tú, Estrildis.

—¡No! —gritó la esposa aludida, que, aunque bonita, era la menos hermosa de las cuatro, rechoncha y con ojos azules—. ¡Yo te veré hasta el final!

—Harás lo que yo te diga —dijo Jorian gentilmente, pero con firmeza—. Irás por tu propio pie o haré que te lleven. ¿Qué prefieres?

Los dos soldados que habían permanecido en el suelo posaron sus manos delicadamente sobre los brazos de la mujer, y ella se soltó para correr, llorando, tras las demás. Jorian gritó: ¡Adiós! Y se volvió hacia el patíbulo.

Mientras el rey subía las escaleras, su mirada vagaba de un lado a otro. Sonreía y asentía cuando sus ojos se encontraban con algún conocido entre la multitud. Para muchos, parecía demasiado alegre para ser un hombre que estaba a punto de perder la cabeza.

Cuando, con paso firme, Jorian llegó a la plataforma del patíbulo, los dos alabarderos que le habían precedido llamaron al orden y colocaron sus puños derechos en el pe-



cho, sobre sus corazones, a modo de saludo. Tras él llegó el hombre santo mulvaní y el sumo sacerdote de Zevatas.

Al fondo, en el lado oeste del cadalso, a pocos pasos del borde, se elevaba el tajo, recién tallado y reluciente de pintura roja nueva. Entre las astas de las banderas del lado oeste, se extendía un tramo de malla, de una yarda de alto, para asegurar que la cabeza no rodase fuera del cadalso.

Apoyado sobre su hacha, el verdugo esperaba junto al tajo. Al igual que Jorian, no llevaba más que unos calzones y unos zapatos. Aunque no tan alto como el rey, el verdugo era más largo de brazos e incluso más ancho de torso. A pesar de la capucha, Jorian sabía que su ejecutor era Uthar el carnicero, que tenía un puesto cerca de la Puerta Sur. Como Xylar era una ciudad demasiado pequeña y tranquila como para mantener a un ejecutor de dedicación exclusiva, contrataba a Uthar de vez en cuando para que desempeñara aquella tarea. Jorian había consultado personalmente a este hombre antes de aprobar la elección.

—El truco, majestad —le había dicho Uthar—, es dejar que el peso del hacha haga su trabajo. No hay que presionar; hay que concentrarse en guiar la hoja en su caída. Un verdugo inexperto cree que debe ayudar a la hoja; por eso presiona, y el golpe se desvía. La hoja ha de ser lo bastante pesada como para cortar el cuello de cualquier hombre (aun siendo tan fuerte como Vuestra Majestad), si se la deja caer a su velocidad natural. Prometo a Vuestra Majestad que no sentiréis nada. Vuestra alma se encontrará en su próxima encarnación antes de que os deis cuenta de lo sucedido.

Jorian se aproximó ahora al verdugo con una sonrisa en la cara.

—¡Hola, maese Uthar! —exclamó en un tono cordial—. Bonito día, ¿verdad? ¡Por las blancas tetas de Astis! Si le tienen que cortar la cabeza a uno, no puedo imaginar un día mejor para la ejecución.

Uthar hincó una rodilla en el suelo.

—Majestad, claro que es un bonito día, ¿me perdonará vuestra majestad por cualquier dolor o inconveniencia que pueda causaros en el desempeño de mis deberes?

—¡No pienses en ello, amigo! Todos tenemos nuestras obligaciones, y todos llegamos a nuestro predestinado final. Tienes mi perdón, con tal de que tu hoja esté afilada y centres bien el brazo. Me prometiste que no sentiría nada, ¿recuerdas? No me gustaría que tuvieras que golpear dos veces, como un recluta novato cortando un pellejo.

Jorian se volvió hacia el gran juez.

—Eminente juez Grallon, ¿está listo vuestro discurso? Hacedme caso y no os alarguéis demasiado. Los discursos largos aburren a los oyentes, quitando elocuencia al hablante.

El gran juez miró indeciso a Jorian, que le indicó con un movimiento de cabeza que debía comenzar. El magistrado sacó un pergamino de su cinturón y lo desenrolló. Sosteniendo el palo del pergamino con una mano y una lente de aumento con la otra, comenzó a leer. El viento agitaba aquí y allá el extremo del pergamino que quedaba suelto, entorpeciendo su labor. Sin embargo, como estaba familiarizado con su contenido, continuó su ronroneo.

El juez Grallon comenzó con un resumen de la historia de Xylar. Imbal, el dios león, había fundado esta ciudad muchos siglos antes, también había establecido su único método de elegir gobernante. El magistrado habló de reyes famosos de Xylar: de Pellitus el Sabio, y de Kadvan el Fuerte, y de Rhuys el Feo.

Finalmente, el juez Grallon llegó al reinado de Jorian. Alabó la valentía de Jorian. Narró la batalla de Dol, en la que Jorian había acabado con la horda de ladrones que habían infestado las zonas fronterizas del sur del reino, y le habían hecho la cicatriz de la cara.

—... y así —concluyó—, este glorioso reinado ha llegado ahora al fin que los dioses le dispusieron. Hoy la corona de Xylar pasará, por el Lote de Imbal, a las manos destina-

das por los dioses para recibirla. Y si hemos sido un pueblo verdadero y virtuoso, estas manos serán fuertes, justas y piadosas; si no, no lo serán. El rey recibirá ahora su último consuelo, que le será dispensado por este hombre santo.

El viejo doctor Karadur se había estado quitando la cuerda que llevaba a la cintura y la había enrollado en el centro del cadalso. De su morral sacó un pequeño atril plegable de cobre, que colocó junto a la cuerda. De la bolsa extrajo un plato de latón, que depositó sobre el atril. Sacó además una bolsa con compartimentos, de la cual tomó diversos polvos y los diseminó por el plato. Apartó la bolsa, sacó pedernal y eslabón, e hizo salir chispas sobre el plato.

Surgió una luz verde y una nube de humo, que la brisa hizo desaparecer. Una pequeña llama multicolor danzaba sobre el plato, despidiendo serpentinas de vapor. El sumo sacerdote de Zevatas miraba disgustado.

Karadur entonó un largo conjuro, quienes escuchaban no sabían cuál, puesto que el santo hablaba mulvaní. El conjuro seguía y seguía, hasta que algunos de los espectadores empezaron a impacientarse. Verdaderamente, no deseaban que la ceremonia terminase demasiado pronto, ya que éste era el acontecimiento más importante de su calendario. Pero por otro lado, escuchar el inteligible canto de un faquir flaco y viejo y verle hacer reverencias sobre el cadalso, se hacía interminable.

Entonces Karadur se levantó y abrazó a Jorian, que era mucho más alto que él. El fuego del plato de latón echó chispas y lanzó una nube de humo, que hizo toser y frotarse los ojos a los que estaban en el cadalso. De este modo, no pudieron ver que Karadur, en el momento en que sus brazos rodeaban el enorme torso de Jorian, deslizaba un pequeño cuchillo en las manos del rey, que estaban atadas a su espalda. Karadur susurró:

—¿Qué tal esos ánimos, hijo?

—Empeoran por momentos. En realidad, estoy aterrizado.

—¡Mantente firme, muchacho! En el valor reside tu única salvación.

A continuación, la banda tocó un himno a Zevatas. El sumo sacerdote, un individuo imponente y feroz con su manto de color púrpura, dirigía a la multitud al cantar el himno, marcando el ritmo con su bastón de mando.

Después el sacerdote inclinó la cabeza y rezó para que el lote del sucesor de Jorian cayera en manos de alguien merecedor del cargo. Rogó a los dioses que miraran con buenos ojos a Xylar; les pidió que, al castigar a los pecadores, tuviesen cuidado de no dañar a los ciudadanos virtuosos, que eran mucho más numerosos. Su oración fue tan larga como la de Karadur. El jefe del culto del rey de los dioses no podía permitir que un mago extranjero hablase más que él.

Finalmente, el sumo sacerdote terminó. El gran juez leyó una proclamación en la que declaraba que, aunque siguiendo la antigua tradición de Xylar el reinado de Jorian había llegado a su fin éste ofrecía su cabeza voluntariamente como medio para elegir al próximo rey. El juez Grallon finalizó señalando el tajo, para indicar que en aquel momento que Jorian debía apoyar la cabeza sobre él.

—¿Desea vuestra majestad que le sean tapados los ojos? —preguntó.

—No —respondió Jorian, acercándose al tajo—. Me enfrentaré a esto con los ojos abiertos, como hice con los enemigos de Xylar.

—Un momento, señor —dijo Karadur con su acento nasal mulvaní—. Debo... eh... habíamos acordado que yo lanzaría un último conjuro, a fin de que el alma de Jorian pase al otro mundo más rápidamente, sin peligro de quedarse atrapada en este cuerpo.

—Bien, adelante —dijo el Gran Juez.

Karadur sacó de su morral una campanilla de latón.

—Cuando haga sonar esto, golpead con el hacha. —Diseminó más polvos en el plato, del que salieron chispas y

llamaradas.

—Arrodíllate, hijo —dijo Karadur—. No temas.

La gente alargaba el cuello con expectación. Los padres subían a sus hijos pequeños sobre los hombros.

Jorian lanzó una mirada pensativa al viejo mulvaní. Luego se arrodilló ante el tajo y reclinó la cabeza hasta que su garganta se apoyó sobre la superficie estrecha y plana. Su barbilla descansaba cómodamente en el hueco que había sido cavado en el lado oeste del tajo. Sus ojos, mirando de reojo, mantenían a Uthar el carnicero dentro de su ángulo de visión. Uthar se inclinó sobre él y apartó el largo pelo de Jorian hacia delante para despejar la nuca.

Karadur pronunció otro encantamiento, gesticulando con sus oscuros y delgados brazos. Éste duró tanto que a Jorian empezaron a dolerle las rodillas de estar agachado sobre los duros tablones. Dando un paso atrás, Uthar agarró firmemente el mango del hacha.

Finalmente, el mulvaní hizo sonar la campanilla. Jorian, esforzándose por no perder de vista al verdugo sin que se notase, sintió, más que vio, cómo subía el hacha en vertical. Entonces la campanilla sonó de nuevo, indicando que el hacha había comenzado a descender.

La acción siguiente de Jorian debía realizarse en el momento justo, y aun así el éxito no estaba asegurado, a pesar de que Karadur y él habían ensayado durante horas en su gimnasio privado, haciendo que el viejo hechicero sostuviese una escoba en lugar de un hacha. Sin embargo, Jorian estaba un poco cansado porque cuatro de sus esposas habían insistido, la noche anterior, en que les demostrase su amor por ellas.

Mientras el hacha descendía, Jorian se libró de las correas que lo ataban, las cuales había cortado discretamente durante la ceremonia con el pequeño cuchillo. Simultáneamente, giró su cuerpo repentinamente hacia la izquierda, cayendo sobre su costado. Como la pesada hacha había empezado ya a descender, el corpulento verdugo no fue ni

lo suficientemente rápido para cogerle, ni lo bastante fuerte como para detener el brazo a mitad de camino. El hacha cayó pesadamente sobre el tajo, hundiéndose profundamente en la madera pintada de rojo.

Con un rápido movimiento Jorian se puso en pie y se colocó el pequeño cuchillo entre los dientes. Karadur echó algo más en el plato, que lanzó llamaradas y humo como si fuera un pequeño volcán, lanzando una densa columna de humo verde que luego se hizo rojo y púrpura. El mago gritó fuertemente, abriendo los brazos. Inmediatamente la cuerda enroscada que tenía delante se irguió, como una serpiente monstruosa. Su extremo salió disparado hacia arriba veinte pies o más y desapareció entre una especie de neblina, como si hubiera hecho un agujero en el cielo. Una tremenda nube de humo surgió del plato, dificultando la visibilidad de quienes se hallaban en el cadalso y escondiéndolos de los espectadores de abajo. Alguien, suponiendo que la cabeza del rey había caído ya, gritó:

—¡Rojo y blanco! ¡Rojo y blanco!

Dando una larga zancada, Jorian se acercó al verdugo. Con el hacha en las manos, Uthar el carnicero hubiera sido un enemigo formidable. Pero, a pesar de sus desesperados esfuerzos, la cabeza del hacha seguía firmemente clavada en el tajo.

Jorian lanzó su puño izquierdo hacia arriba asestando un duro golpe en la mandíbula del verdugo. Uthar se tambaleó hacia atrás tropezando contra la malla y cayendo fuera del cadalso.

Un grito de Karadur avisó a Jorian de que se volviese. Uno de los alabarderos con armadura arremetía contra él con su arma en alto. Con la rapidez de leopardo que ya había salvado su vida una vez, Jorian agarró la albarda por debajo de la cabeza justo antes de que la punta le alcanzara la piel. Al apartar el extremo del arma violentamente hacia la izquierda, la embestida del soldado hizo que éste pasara por delante de él.

Cogiendo el mango con las dos manos y volviendo la espalda al soldado, Jorian se colocó el mango sobre el hombro y dobló la espalda, tirando de la punta de la alabarda hacia abajo. El alabardero, agarrado del mango, se encontró de pronto subido a la enorme espalda de Jorian, y fue lanzado boca abajo fuera del cadalso, yendo a caer al suelo de debajo con gran estrépito a causa de su cota de malla.

Empuñando la alabarda, Jorian se dio la vuelta para enfrentarse al soldado que quedaba, quien tosía a causa del humo. El gran juez y el sumo sacerdote de Zevatas bajaron las escaleras con tal precipitación que este último se tropezó y cayó a tierra de cabeza, hiriéndose gravemente.

No se sabe si por temor o por amor a su antiguo señor, el soldado vaciló, manteniendo su alabarda en posición, y no dio la vuelta a la cabeza del hacha ni le atacó con la punta que le quedaba. Como no tenía nada personal contra este hombre, Jorian dio la vuelta a su arma y colocó el extremo contra la armadura del soldado a la altura de las costillas. Con un fuerte empujón derribó al soldado arrojándole fuera del patíbulo junto a su camarada.

De este modo, doce segundos después del golpe del verdugo, Jorian y Karadur eran las únicas personas que quedaban en el cadalso. Un fuerte murmullo recorrió la multitud. Los acontecimientos del patíbulo habían sucedido con tal rapidez y tan confusamente a causa del humo, que nadie de los que estaban en el suelo comprendía aún lo ocurrido. Estaba claro, sin embargo, que la ejecución no se había llevado a cabo tal como estaba planeado. La gente se empujaba y gritaba haciendo preguntas; el murmullo se convirtió en un clamor. Se oyó dar una orden con firmeza, y un pelotón de piqueros se precipitó hacia la base de la escalera.

Jorian dejó caer al suelo su alabarda y subió a la cuerda de un salto. No en vano había estado practicando durante meses el modo de escalar una cuerda mano sobre mano,